RUBÉN DERLIS

A LOS POETAS PUROS

No sirven los versitos a la luna
cuando están estaqueando a la Patria.
No es lícito cantarle al propio ombligo
mientras buitres foráneos y caranchos autóctonos
a picotazo y garra celebran su festín.
En tanto el poeta puro, mirando hacia otro lado,
cree que esto no le incumbe,
porque él debe seguir
buscando la palabra inconsútil,
etérea,
prístinamente alada
de "verdad metafísica", que lo hará trascender.
¿Es acaso ignorante de la diaria injusticia,
del que muerde la nada como si fuera un pan?
¿Desconoce que hay pocos que viven de los muchos,
que su opulencia y boato es dolor de los más?
Nuestro poeta puro lo sabe —no le importa—
pues arrastra sus huesos entre tantos demás;
adjudica al destino lo que le pasa a otros,
y cubre sus miserias de individualidad.
¿Por qué no pone fuego en su poesía
y que las muchedumbres la vengan a templar?
¿Por qué no dice claro, con precisas palabras,
y al abismo de sombras tira su oscuridad?
Porque el poeta puro se siente "el elegido",
el tocado por Dios,
el que debe salvar la esencia de lo bello,
la belleza esencial,
que es una copa helénica plena de eternidad.
Travestirá palabras, que no digan ni alerten,
apenas que sugieran lo intangible,
que esotéricas se abran
sólo a los que posean la llave liminar.
Por eso pontifica muy ufano y orondo
que la Poesía
elige a aquellos a quienes debe llegar.
¡Qué lejos está nuestro metafísico poeta

de la poesía original!
¡Qué insignificante se lo ve a nuestro poeta
entre los poetas de verdad!
El poeta puro es un montón de escombros,
de palabras vacías
sin tiempo ni lugar. No le faltan alas para emprender el vuelo,
pero como nunca caminó junto a los hombres
jamás podrá volar.

AUSCHWITZ

un tiempo de demencia dejó duras señales
altas llamas de incendio que mordieron como ácido las antiguas
culturas
el calcinado hueso ario de los que se negaron a aprender de la historia
la llaga abierta en la hora brutal
la cifra del horror en las muñecas
de ese entonces amargo de oscuro humo y opaca realidad
quedó para recuerdo vergonzoso del hombre la ceniza final de
los campos de auschwitz
porque allí cada mañana
cuando el frío mellaba los dientes enterrados
desgarraba alaridos contra filosas púas
rompía inviernos de escarcha y cruel acero
el alba veía nacer entre la niebla caída por la noche sobre
las alambradas
una espesa humareda que crecía sobrepasando todo límite
hasta invadir el territorio de la desesperación o la locura
la agonía se había arrojado sobre la multitud erizada de espanto
asfixiando la vida
cuanto quedaba eran cosas vacías
miles de anteojos ciegos
anónimos cabellos
uniformes sin nadie
todo deshabitado pero tibio aún como la mano que rasgó las piedras que silenciaron el grito
último
desesperado
como la sangre que corría por las uñas.